

5 Cómo saber si uno tiene el bautismo del Espíritu

El tema de seguridad y evidencias de una relación íntima con Dios establecida por el bautismo del Espíritu, es muy vasto en el Nuevo Testamento. Todo el propósito de 1 Juan es presentarnos las evidencias de alguien que tiene una relación íntima y genuina con Dios. “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna . . .”(5:13). Tales evidencias no son milagrosas, sino morales; no extáticas, sino éticas. Es decir, lo que muestra si hemos recibido el bautismo del Espíritu y también la recepción del Espíritu en una nueva vida, es una vida transformada. Si escudriñamos las Escrituras descubrimos que tales evidencias se aplican a todos los creyentes. Las Evidencias del Bautismo son:

La Evidencia #1: La capacidad de orar a Dios como su Padre

El apóstol Juan aclaró en Juan 1:12 que el hecho de llegar a ser “hijo de Dios”, ocurre al recibir a Cristo personalmente. En Gálatas 4:6 Pablo dice, “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” Así, como consecuencia de haber sido hecho un hijo, Dios me dio Su Espíritu. Este hecho no es algo separado de la salvación, sino que está asociado íntimamente a ella. Es el Espíritu quien nos da el sentido de una relación íntima, como de familia, para con Dios. La palabra “Abba” es “Padre” en arameo, así que en cualquier lenguaje, raza, o nación es igual: todos los que reciben a Cristo se sienten como hijos de Dios por el Espíritu que han recibido.

La seguridad de la salvación sería imposible sin la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas porque Pablo dijo, “. . . habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro 8:15-16). Esta seguridad no es el resultado de visiones, revelaciones espectaculares o experiencias místicas, sino la manera en que el Espíritu nos da paz y tranquilidad. El nos escucha como hijos en nuestras oraciones y nuestra confianza es el poder acercarnos a El como Padre.

La confianza aumenta al descubrir que El, en Su perspectiva, nos adoptó como hijos y “nos hizo acepto en el Amado” (Ef. 1:5-6). Por haber recibido a Cristo, El nos hizo por adopción Sus hijos y nos dio Su Espíritu para hacernos sentir como hijos verdaderos. Si su corazón confirma este sentir, es porque ya ha recibido el bautismo del Espíritu.

La Evidencia #2: El entendimiento de la gracia de Dios

Cuando el Espíritu entra en la vida una de las primeras cosas que hace, es comunicar la realidad del favor no merecido que El nos ha dado en la salvación y en la recepción de Su Espíritu. Pablo lo explicó así, “nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, *para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*” (1 Co. 2:12). El Espíritu nos lleva a reconocer las cosas que hemos recibido sin merecerlas, es decir, entender la gracia de Dios. Los que no tienen el Espíritu, siguen pensando que tienen que merecer los beneficios de Dios. En el versículo anterior, Pablo declaró que la única manera para entender “las cosas de Dios” sería por tener el Espíritu morando en el ser.

Uno de los propósitos principales del bautismo del Espíritu es injertar el Espíritu en nuestro ser para poder entender la gracia de Dios. Así que el Espíritu ilumina nuestro conocimiento para poder entender Su Palabra y apropiarnos más de Sus promesas en nuestra vida.

En la vida de un creyente, el Espíritu desarrolla e incrementa el aprecio por la gracia de Dios, especialmente la que está expresada en la cruz. Tal obra, provoca en la vida del creyente una actitud de humildad por lo que ha recibido sin merecer. Sin el Espíritu, no se puede entender esta gracia.

La Evidencia #3: La conciencia del amor de Dios

Cuando alguien recibe al Espíritu, hay ciertos cambios que ocurren en su corazón. Uno de aquellos cambios, es su actitud hacia los demás. En Romanos 5:5 leemos, “. . . el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.” El nos dio a conocer Su amor en una forma personal, a pesar de todas nuestras fallas, pecados y debilidades. Esto no es un sueño romántico, que a un Alguien le agrade la raza humana, sino una seguridad íntima de que Dios nos ama personalmente.

El primer verbo, “ha sido derramado,” está en el tiempo pasado perfecto. La acción de este verbo significa que ocurrió una sola vez y el efecto o consecuencia de la acción continúa hasta el presente. El amor de Dios fue derramado y todavía afecta los corazones de los que tienen el Espíritu.

El verbo “fue dado” está en el tiempo aoristo en el griego, que indica una acción en el pasado, hecha una vez y para siempre. Así que el Espíritu es dado una sola vez en la vida del creyente y reproduce Su amor en nuestros corazones.

La Evidencia #4: La seguridad de la salvación

La confianza de que somos salvos, no proviene de nosotros mismos, sino de Dios. En 2 Corintios 1:21b-22, Pablo escribió: “. . . Dios, El cual también nos ha sellado y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.” Las “arras” son el primer pago, la garantía de que cumplirá el resto. Eran usadas para confirmar un contrato. Así que la presencia del Espíritu en nuestras vidas es la garantía de que El cumplirá todo el resto de la salvación: toda la santificación y la glorificación.

La seguridad de la salvación bíblica nunca enfatiza una experiencia, sino la presencia del Espíritu en la vida. 1 Juan 3:24, “Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado,” y también en 4:13, “En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.” Por lo tanto, la presencia del Espíritu en la vida del creyente le da la plena seguridad y confianza de que tiene la vida eterna.

Puede ser que haya creyentes que han apagado esta seguridad debido a acusaciones satánicas, culpa, falta de entendimiento, o problemas psicológicos. Sin embargo, para los que han aprendido a “andar en el Espíritu,” es decir, a aprender de la Palabra y obedecerla, sus vidas están marcadas con la seguridad de la salvación.

La Evidencia #5: El amor para con los creyentes

Tal vez la evidencia más notable de que hemos recibido el bautismo del Espíritu es que tenemos un amor para con los hermanos en Cristo. En 1 Juan 4:12-13 dice: “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.” Sabemos que el Espíritu mora en nosotros porque tenemos amor para con los hermanos. La energía para este amor es una consecuencia de la morada del Espíritu.

Juan estaba escribiendo contra los principios del gnosticismo. Esta herejía enfatizaba el espíritu sobre la carne, de tal manera que su énfasis siempre fue introspectivo, con un enfoque en su experiencia mística. Juan está diciendo aquí que la evidencia genuina del Espíritu no es interior, ni egoísta, sino hacia el exterior, hacia otros. Cuanto más el Espíritu controle a la persona, más evidente será este amor entre los hermanos.

La enseñanza de que el creyente que recibe a Cristo no ha recibido al Espíritu todavía, condena al creyente a una vida sin poder, sin seguridad, sin amor y sin entendimiento de la Palabra. Al contrario, la Biblia nos enseña que nuestra salvación está completa por haber recibido a Cristo. No existe más para recibir de Dios. ¡El nos ha dado todo en Cristo!

Así que en el Nuevo Testamento las evidencias bíblicas de haber recibido el bautismo del Espíritu son morales y éticas. Tal vez sean simples y no muy sensacionales, pero son espirituales. El énfasis bíblico siempre está en lo práctico, lo normal y lo simple, en vez de lo espectacular.

Requisitos Carismáticos

¿Existen condiciones para recibir el bautismo del Espíritu? Los carismáticos dicen que sí. Dentro del movimiento hay una variedad de enseñanzas de lo que es requisito. Las siguientes son las más mencionadas. En una forma u otra se refieren a dos requisitos: Obediencia y Fe. Si alguien tiene una cierta cantidad de obediencia y una fe especial, puede recibir el bautismo del Espíritu; así pues, en cuanto a los que todavía no han recibido el bautismo del Espíritu, esto implica que les falta algo de obediencia y/o fe.

El Primer requisito de los carismáticos para el bautismo del Espíritu: OBEDIENCIA

Inmediatamente, el estudiante de la Biblia debe deducir que la enseñanza de que el bautismo del Espíritu requiere obediencia, significa que no es por gracia, sino por mérito. Si contiene “obras” de obediencia, no es por gracia. Algunos enseñan que en la salvación se recibe solamente las “arras” del Espíritu (como si fuera una parte reducida) y otros dicen que se recibe el “Espíritu de Cristo” solamente y que luego, por el bautismo del Espíritu, se recibe el Espíritu en toda Su plenitud. Pero esto, sólo cuando se cumplen los requisitos de obediencia y fe.

Al principio del movimiento, muchos pentecostales habían salido del Movimiento de Santidad, donde había un énfasis estricto en el área de la obediencia. Hay tres aspectos comunes en la búsqueda del bautismo del Espíritu:

Aspecto #1: La separación de todo pecado conocido

Un autor dijo, “Es la convicción pentecostal que cuando los creyentes quitan todos los pecados conocidos, el Espíritu Santo puede morar en sus corazones aunque haya todavía algunos pecados inconscientes o desconocidos (así, aparentemente, excusables).” En *Pillars* [Pilares] el autor escribió, “Se puede recibir el Espíritu Santo, pero no con pecado en el corazón . . . El Espíritu Santo y el pecado no pueden morar en el mismo corazón”⁵. Es típico escuchar que el Espíritu no entrará en alguien que está contaminado o sucio con *pecados conocidos*.

Este énfasis define al pecado en dos categorías: conocido y desconocido (o inconsciente). Entonces debemos preguntarnos “¿Si no estoy consciente del orgullo en mi vida, soy inocente de este pecado?” ¡No! Dios nunca acepta la ignorancia como excusa para no inculpar el pecado. Si fuera así, sería mejor no predicar el evangelio, pues si el mundo continuara ignorante de su pecado de incredulidad, Dios no lo condenaría.

Cuando se marca una diferencia entre el pecado conocido y el pecado desconocido, se está haciendo una distinción que no aparece en las Escrituras. Esta fue una de las doctrinas de Juan Wesley; pero Pablo no marcó una distinción en Efesios 2:1-3 diciendo, “. . . cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados. . . entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos y éramos por naturaleza hijos de ira. . .” Cuando Cristo murió, lo hizo por todas “las enemistades” (Ef. 2:16), no solamente por los pecados conocidos.

El concepto de que el Espíritu no puede morar en un cuerpo con pecado conocido ¡es falso! El Espíritu puede morar en un cuerpo con pecado. Si no fuera así, no habría esperanza para nadie. En Romanos 7:23-25, Pablo testificó de su lucha contra el pecado en su vida. “Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (7:23). A pesar de ser un pecador que no había alcanzado la perfección (Fil. 3:12-13), el apóstol Pablo seguía dependiendo del Espíritu de Dios que moraba en él (Ro 8:9). Sería imposible tener cualquier victoria sobre la carne si no fuera por el poder y presencia del Espíritu en la vida del creyente.

Es contradictorio decir que es necesario ser victorioso por completo sobre el pecado, ANTES de recibir el bautismo del Espíritu, ¡que es el que da el poder para tener victoria sobre el pecado! Un autor dijo, “Si vivimos una vida sometida, pura y santa, en comunión íntima con El, la experiencia del bautismo poderoso tiene que venir. . . La posibilidad de vivir una vida pura y santa en íntima comunión con Dios, aún antes de la venida plena del Espíritu está implícita en las condiciones pentecostales.” Pero, si alguien no tiene el poder del Espíritu en su vida, le sería imposible vencer al pecado. ¿Cómo se puede vencer al pecado con toda la determinación y disciplina de la carne? En el Nuevo Testamento, no es el hombre limpio, obediente y de mucho valor el que recibe al Espíritu, sino el pecador que no tiene nada de valor.

El pecador recibe al Espíritu por confiar en Su justicia —la justicia de Cristo—, no en la suya propia: “ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia . . . sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil. 3:9). Por haber recibido la justicia de Dios por fe, el pecador puede recibir inmediatamente el Espíritu y así comenzar una nueva vida con el poder del Espíritu para fortalecerse contra el pecado.

El énfasis dado a la necesidad de vencer el pecado ANTES de recibir el poder del Espíritu en el bautismo, requiere de OBRAS, en vez de gracia. Si es por GRACIA que hemos recibido el Espíritu, es imposible que haya condiciones de obediencia. Si es por OBRAS que hemos recibido el Espíritu, es necesario que haya condiciones de obediencia. ¿Cuál declaración es bíblica? Es muy parecido al problema que Pablo enfrentó en Gálatas 3:2 diciendo, “Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” La Biblia enseña que la razón por la cual somos victoriosos sobre el pecado, es que hemos recibido el Espíritu en poder por “gracia”, ¡siendo aún pecadores!

Aspecto #2: Oración

Del pasaje en Lucas 11:13 viene la enseñanza de que es necesario orar para recibir el Espíritu. Es común escuchar las exhortaciones de Jesús a Sus discípulos, ordenándoles a “quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lc. 24:49); esto es aplicado por los carismáticos, enseñando que tenemos que esperar en oración, rogando a Dios para recibir Su poder.

Primero, debemos notar que es una presunción que esperaban en oración, por los diez días hasta que vino el Espíritu. Pero cuando se leen los pasajes que describen tal período (Hc. 1:12-14; 2:1), ¡no existe ninguna insinuación de que estaban orando! En toda la Biblia, no existe un solo pasaje donde alguien orara pidiendo el Espíritu.

En segundo lugar, antes de Pentecostés el Espíritu todavía estaba PROMETIDO. No se había cumplido todavía la promesa del Espíritu. Los discípulos tenían tan sólo que esperar el tiempo que Dios había determinado cuando el Espíritu iba a comenzar a morar en todos los creyentes permanentemente. En Hechos 1:4-5 vemos el único requisito para recibir el Espíritu en su primer bautismo: “que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre. . .” No hubo algo místico, selectivo o especial. Los discípulos solamente tenían que estar en Jerusalén, ellos sólo tenían que esperar el tiempo predeterminado por el Padre.

Desde aquel entonces, ningún creyente tiene que esperar un instante para recibir el Espíritu. No podemos comparar el día de Pentecostés con el día de hoy, porque en la época presente el Espíritu ya ha sido dado; en el período antes de Pentecostés, el Espíritu no había sido dado todavía. Una vez dado, no hay que esperarle.

En Lucas 11:13, Jesús no está hablando de las condiciones para recibir el Espíritu, sino está ilustrando el deseo del Padre para dar regalos a Sus hijos en respuesta a las oraciones. En todo el contexto Dios es comparado a un padre que quiere dar “dádivas” a sus hijos. Las “dádivas” no son merecidas, ni ganadas; son regalos gratuitos.

En Juan 7:38-39, Jesús dijo que la única condición para recibir el Espíritu es: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él . . .” Aquí Jesús se refirió al bautismo del Espíritu que todos los que creyeran en El iban a recibir al instante.

En Lucas 11, el contexto está en las condiciones previas a Pentecostés. Los creyentes en aquel entonces no eran los recipientes de la morada permanente y universal del Espíritu que Jesús les iba a dar (Jn. 14:16, 17). Antes de aquella gran inauguración del bautismo del Espíritu, pedir que Dios cumpliera Su promesa de dar Su Espíritu podría haber sido legítimo, pero ahora en la nueva época (o dispensación), tales oraciones no son

necesarias, porque el Espíritu ha sido dado a todos los creyentes. Después de Pentecostés ya no es necesario pedir al Padre por el Espíritu.

Aspecto #3: La sumisión total

Los primeros dos aspectos del requisito de obediencia para recibir el bautismo del Espíritu son más externos, mientras que el tercero es más interno o psicológico. Los primeros son cosas para hacer; el tercero tiene que ver con nuestra mente o corazón.

Algunos dicen que es necesario desarrollar un estado pasivo o un vacío total, sin voluntad propia. Tal énfasis puede hacer que la persona se abra a cualquier espíritu o influencia. La aplicación de esta sumisión es normalmente una exhortación para ignorar las inhibiciones y hacer lo que venga en gana. Es precisamente este énfasis el que produce algunas acciones indecorosas o extremistas en las reuniones pentecostales.

La enseñanza de una sumisión total, frecuentemente lleva a la persona a un estado en el que no tiene control de sí. Pablo enseñó que el profeta controlado por el Espíritu siempre tiene el control de su espíritu (1 Co. 14:32) y nunca está fuera del control de sí. Cuando Pablo oraba en 1 Corintios 14:15, siempre estaba en pleno “entendimiento.” Nunca estaba en un trance o estado en el que no supiera lo que dijo o lo que estaba pasando a su alrededor. Así que la sumisión bíblica no es un abandono de la voluntad, o entrar en un estado de casi inconsciencia de lo que está sucediendo, al contrario, la sumisión bíblica es algo vivo y dinámico.

La enseñanza de requerir una sumisión total para recibir el bautismo del Espíritu, debe ser el resultado del bautismo del Espíritu, en vez de un requisito. La sumisión a Cristo ciertamente es el objetivo de la vida cristiana, pero sería imposible sin el poder y presencia del Espíritu.

En vez de enseñar que tenemos que esforzarnos para lograr una OBEDIENCIA (en la carne, sin el Espíritu) para recibir el bautismo del Espíritu y así el poder, el Nuevo Testamento enseña que al creer inmediatamente recibimos el bautismo del Espíritu, que implica la presencia del Espíritu con todo Su poder dentro del creyente. Este poder capacita al creyente, sin esforzarse, para ser obediente. La sumisión total ahora, llega a ser una realidad, no en una forma mística, sino en la obediencia práctica a la Palabra de Dios y el cumplimiento de Su propósito en nuestras vidas (Ef. 2:10).

El Segundo Requisito de los carismáticos para el bautismo del Espíritu: FE

No es solamente obediencia lo que los carismáticos insisten como necesario para recibir el bautismo, sino también fe. Esta fe tiene normalmente tres aspectos en la literatura carismática. Otra vez, observamos la dificultad de insistir en requisitos antes de tener el poder para cumplirlos. Tales requisitos hacen complicada la definición de un “don”, pues un don, que es “algo dado por gracia”, no puede tener requisitos. Es una contradicción con el concepto mismo.

Aspecto #1: Se debe dirigir la fe al Espíritu

Myer Pearlman dijo, “Así como hay una fe hacia Cristo para la salvación, también hay una fe hacia el Espíritu para poder y consagración.” El único problema con este concepto es: ¿qué no se encuentra en la Biblia! Este segundo nivel de fe, es extraño a las

Escrituras. Es una deducción de un falso concepto: que la fe en Cristo no trae poder o consagración. El Espíritu, con todo Su poder, viene “por Jesucristo” como una parte inseparable de la salvación.

En Gálatas 3:13-14, Pablo relacionó en forma inseparable la salvación y la venida del Espíritu, sin la necesidad de una fe dirigida especialmente al Espíritu. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición . . . para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que *por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.*” Nuestra fe en Jesucristo resulta en el don del Espíritu. No existe una sugerencia de una segunda fe.

Sin embargo, Dennis Bennett, en el libro *The Holy Spirit and You* [El Espíritu Santo y Ud.], dijo, “El bautismo del Espíritu Santo . . . depende exclusivamente de nosotros, de si vamos a creer o desconfiar.”⁶ Entonces, si alguien duda de tal bautismo, está en pecado de incredulidad y le hace sentir esta culpa. Pero creer es válido solamente cuando está escrito en la Palabra. Si no es una enseñanza bíblica, no se la debe creer — sin importar quién lo crea.

Si una fe especial fuera necesaria para el bautismo del Espíritu, sería también necesaria una fe especial para la morada del Espíritu, el sello del Espíritu y los dones del Espíritu, etc. Si seguimos la lógica de los carismáticos ninguna de las operaciones del Espíritu ocurriría sin el ejercicio de una fe especial en cada caso. En ninguna parte de la Biblia existe tal enseñanza.

Tal vez sería bueno preguntar, ¿por qué los discípulos de Jesús no habían recibido el bautismo del Espíritu? En Juan 14:16-17 la respuesta es clara: antes de Pentecostés el Espíritu estaba “con” ellos, pero después El estuvo “en” ellos. Desde el día de Pentecostés, los que creen en Cristo reciben inmediatamente la morada del Espíritu en su ser.

Aspecto #2: Debe ser una fe total

Se enseña que nuestra fe en Cristo para la salvación es inadecuada para recibir el don del Espíritu Santo por el bautismo. Ahora bien, es verdad que nuestra “fe” en el momento de la salvación es mínima, pero las Escrituras enseñan que es suficiente. Así que, por hacer esta distinción de dos tipos de “fe”, se sugiere que la segunda es superior a la primera. Lo que se desprende de esto es: casi un menosprecio por la fe salvadora y la exaltación de una fe hacia el Espíritu.

Además, por hacer de la fe salvadora una experiencia mínima, se puede explicar por qué los carismáticos están dispuestos a aceptar grupos de ortodoxia marginal como creyentes, si han sido “bautizados por el Espíritu” y han hablado en “lenguas”. Su lógica es así: si alguien llega a hablar en lenguas, (que es señal del bautismo del Espíritu según los carismáticos), debe concluirse que tuvo que haber recibido antes la fe salvadora. Así los católicos, anglicanos, modernistas, etc., son aceptados como hermanos, sin distinción de su posición doctrinal con respecto a la Biblia o la salvación, si tan sólo “hablaron en lenguas”.

Una fe total es esencial en sus enseñanzas. El creyente tiene que “rendirse” en todos los puntos, entregando todas sus inhibiciones y el control de sí mismo. Tal dedicación “total” es necesaria antes de llegar a ser digno de recibir el bautismo del Espíritu. De esta

manera el creyente es obligado a cumplir con esta dedicación por sus propias fuerzas. Joseph Dillow en su libro *Speaking in Tongues* [Hablar en Lenguas] dijo, “Estos absolutos devocionales llevan al creyente, no a la gracia en Cristo, sino a una búsqueda angustiada en el interior de su corazón para encontrar lo que no está: una rendición absoluta.”⁷ Esto puede producir gran introspección, preocupación por si es sumiso o no, complejo de culpa, esclavitud y absorción en sí mismo. Así cuando alguien al fin logra la experiencia y habla en lenguas, el alivio es tremendo; pero es un alivio de una culpa falsa, no bíblica.

En otras palabras, la obediencia total + la fe total = el bautismo del Espíritu. Por tanto el bautismo sería el efecto o resultado de una vida consagrada. El problema es que lo que enseña la Biblia ¡es lo opuesto! El bautismo no es el resultado, sino la causa de una vida consagrada. Es como un árbol frutal, ¿qué ocurre primero: la producción del fruto o la siembra del árbol? Tal como el árbol tiene que ser sembrado primero, así el bautismo del Espíritu ocurre antes de que el fruto de la obediencia y la fe lleguen a ser posibles.

Aspecto #3: El bautismo es sólo por la fe

A pesar de lo que hemos mencionado anteriormente, los carismáticos insisten en que el bautismo es por la fe sola. ¡Qué paradoja! Después de insistir en toda la fe y obediencia, terminan diciendo que es un don gratis.

Fe es sin obras completamente

Si existen precondiciones que alguien debe cumplir para recibir algo, el regalo no es por gracia, sino por mérito. Si la fe no es una confianza simple en lo que Dios ha dicho y hecho, no es fe. Si se tiene que llegar a un rendimiento completo antes de tener fe, la fe no es sola, ni pura, sino mezclada con obras de dedicación. Romanos 3:28 muestra claramente que no se puede mezclar la fe y buenas obras: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado *por fe, sin las obras* de la ley.” Admitimos que el versículo se aplica a la justificación, pero el mismo principio es aplicado a la recepción del Espíritu en Gálatas 3:2, “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” Las dos no se pueden mezclar. Es por fe o por obras, no por ambas.

Fe es la convicción de que Cristo cumplirá Su Palabra, sin necesidad de más pruebas externas o señales

El problema de mezclar obras y fe resulta en una “fe intelectual.” Este tipo de fe es cuando uno se convence a sí mismo de algo, o de algún resultado. Dennis Bennett dijo en *The Holy Spirit and You* [El Espíritu Santo y Ud.]:

Hablar en lenguas es un hecho de fe infantil . . . en la misma manera que un niño comienza a balbucear sus primeras palabras, abrir su boca y hacer sonidos. . . Cualquier sonido que haga, ofreciendo su lengua a Dios en fe simple, puede ser el comienzo de hablar en lenguas. . . Si no aceptamos la experiencia como real (los sonidos de

balbucear), no seremos consciente de su realidad; es decir, cualquier sonido debería ser aceptado por fe como el don de lenguas.⁸

La fe verdadera es la convicción o convencimiento basado en la Palabra revelada con respecto a cosas espirituales. La fe intelectual es un esfuerzo de convencerse a sí mismo con respecto a cosas espirituales. La fe que Dennis Bennett pretende que ejerzamos es una fe intelectual, no bíblica. No existe ninguna insinuación en la Biblia que balbucear es algo parecido al inicio del don de lenguas.

Hay dos características de la “fe” que los carismáticos tienden a ignorar: (1) La fe sin ningún tipo de obras; y, (2) la fe bíblica es una convicción profunda de que Cristo cumplirá Su Palabra sin necesidad de señales o pruebas externas.

En Efesios 2:8 leemos: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y *esto* no de vosotros, pues es don de Dios.” El pronombre reflexivo “esto,” neutro, tiene un antecedente, que se refiere al hecho completo de la salvación. Así, antes que hagamos cualquier “obra”, Dios nos da la salvación por gracia, simplemente por tener fe o creer en El. Tal fe tiene un sólo requisito: “Así que la fe es por el oír y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Para tener fe uno tiene que oír, entender y confiar en la Palabra. Esta es la *única base* para la fe. La experiencia personal no es jamás una base para la fe.

Si es así en la salvación —que entender y confiar en lo que dice la Palabra, trae consigo la fe—, también será así en la vida cristiana. Pablo dijo, “Porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). La fe de la vida cristiana no es confiar en nuestra experiencia, sino viene al entender más de la Palabra y confiar más y más en Ella. Cuanto más estemos dispuestos a obedecer lo que ya entendemos, más nos hará Dios entender para que confiemos más.

Nunca es esta fe algo que fabricamos en nuestra mente. Si tenemos que convencernos de lo que creemos, no es de Dios. Solamente tengo que entender lo que la Palabra dice en verdad y aceptarlo como tal. No se necesitan obras para ayudar a la fe, ni milagros para convencer. Uno de los peligros de alguien que cree porque vio, o experimentó un milagro, es que el milagro puede llegar a ser la base de su fe y no la Palabra. Tal fe es una fe intelectual. Jesús tenía este problema con la gente que le seguía: “. . . muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos” (Jn. 2:23-24). Muchos creyeron intelectualmente por Sus señales, pero no porque El estaba cumpliendo la Palabra. Ellos querían un Libertador, no un Mesías que iba a cumplir el Salmo 22 e Isaías 53.

Las convicciones se hacen más profundas por el estudio y aplicación de la Palabra a la vida de cada persona. Las señales y prodigios nunca aumentan nuestra fe; sino llaman la atención a la única base de la fe, la Palabra. Los fenómenos de hoy que pretenden ser milagros, solamente estimulan la curiosidad o sea la fe intelectual, mas no la genuina. La evidencia de una fe genuina es la disposición a aceptar lo que la Biblia dice, sin necesidad de más pruebas.